

## Growing and Sharing in Jesus Christ “Sanctity and Sinfulness”

The Catholic Church used to be famous for the way it imposed guilt upon its members. Scores of fallen away Catholics and many hundreds of therapists tell the horror stories of priests and sisters who seemed to relish demonstrating the unworthiness of human beings and the psychological devastation they caused. Even many of us who remain faithful Catholics lovingly tell stories of a strict priest or sister who assured us that Satan had plenty of room to welcome miscreants such as we, if we did not change our ways. And while many things in the Catholic Church have changed over the years, no one can draw a line in the sand to divide saints from sinners like Catholics can!



Why are we Catholics so occupied with our worthiness as human beings? Why do we seem to shy away from phrases like “I’m saved”? How is it that our Protestant brothers and sisters seem so much more comfortable professing their faith than we are? We are certainly not more guilty than they, nor do we sin more than they sin. Since all other Christians must find their roots in the Catholic faith, it would seem reasonable that we should stand tall and proud of our faith amidst our non-Catholic sisters and brothers. Why are we so timid to proclaim the wonders God has wrought in our lives?

The answer lies not in our sinfulness, but with the sanctity that is unique to the Catholic Church. The Catholic Church possesses the sanctity of Apostolic Succession and, more importantly, the Eucharist. We do not simply gather as a community to praise God; we gather in the very Presence of God which is the Eucharist. We do not leave the Church simply having heard God’s Word; we leave carrying in us the Body and Blood of Christ. As Catholics, we are temples of the Living God, not merely temples of His Creation. We stand, kneel and sit before Holiness Itself, and that must give us pause to consider who we truly are.

Surely, we are every bit as saved as any other Christian, but we are also humble because we see, touch and taste the One who Saves us. In His Presence, we must kneel and genuflect. Surely, we rejoice to hear God’s Word and we are overwhelmed to be invited to Christ’s Banquet. But our sharing in the Eucharist makes us keenly aware of our sinfulness and acutely grateful for God’s grace. Like our first pope, Peter, we are humbled to be in the presence of God, fearful of being condemned. And like Isaiah before him, we tremble to think what we and our world deserve in judgment for our sins. Yet, today as in all ages past, God comes to us to forgive our sin, to remove our guilt, and to send us out to proclaim His Love.

Growing and Sharing in Jesus Christ,

*Fr Nick*

## Creciendo y Compartiendo en Cristo Jesús “La Santidad y el Pecado”

La Iglesia Católica era famoso por la forma en que impuso la culpa sobre sus miembros. Montones de católicos alejados y muchos terapeutas cuenta las historias de horror de los sacerdotes y hermanas que parecía disfrutar demostrar el desmerecimiento de los seres humanos y la devastación psicológica que han causado. Incluso muchos de los que permanecen católicos fieles cuentan historias amorosamente de un sacerdote estricto o hermana que nos aseguró que Satanás tenía suficiente espacio para dar la bienvenida a los malhechores como nosotros, si no cambiamos nuestras costumbres. Y mientras muchas cosas en la Iglesia Católica han cambiado a lo largo de los años, ¡nadie puede dibujar una línea en la arena para dividir a los santos de los pecadores como pueden los católicos!

¿Por qué nosotros católicos están tan ocupados con nuestro valor como seres humanos? ¿Por qué evitamos frases como “Soy salvado”? ¿Cómo es que nuestros hermanos y hermanas protestantes parecen mucho más cómodo profesando su fe que nosotros? Ciertamente nosotros no somos más culpables que ellos; tampoco, pecamos más de lo que pecan ellos. Dado que todos los demás cristianos deben encontrar sus raíces en la fe católica, parece razonable que nos paramos altos y orgullosos de nuestra fe en medio de nuestras hermanas y hermanos que no son católicos. ¿Por qué somos tan tímidos a proclamar las maravillas que Dios ha hecho en nuestras vidas?

La respuesta no está en nuestros pecados, pero con la santidad que es única a la Iglesia Católica. La Iglesia Católica posee la santidad de la sucesión apostólica y, más importante aún, la Eucaristía. No, simplemente nos unimos como una comunidad para alabar a Dios, nos unimos en la misma presencia de Dios, que es la Eucaristía. No salimos de la Iglesia simplemente habiendo oído la Palabra de Dios; salimos cargando con nosotros el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Como católicos, somos los templos de Dios Vivo, no sólo templos de su creación. Nos paramos, nos arrodillamos, y nos sentamos delante de la Santidad Misma, y eso debe darnos una pausa para considerar quienes realmente somos.

Sin duda, somos igual de salvados como cualquier otro cristiano, pero también somos humildes porque vemos, tocamos y probamos Él que nos salva. En su presencia, debemos doblar la rodilla. Sin duda, nos alegramos al escuchar la Palabra de Dios y estamos abrumados por ser invitado al banquete de Cristo. Pero nuestra participación en la Eucaristía nos hace muy conscientes de nuestro pecado y agudamente agradecido por la gracia de Dios. Igual a nuestro primer Papa, Pedro, somos humildes al estar en la presencia de Dios, temerosos ser condenado. Y, como Isaías, antes de él, temblamos al pensar lo que nosotros y nuestro mundo se merece en juicio por nuestros pecados. Sin embargo, hoy como en todos los últimos tiempos, Dios viene a nosotros para perdonar nuestros pecados, para quitar nuestra culpa, y a enviarnos a proclamar su amor.

Creciendo y Compartiendo en Cristo Jesús,

*Padre Nicolás*